

TEXTOS DE APOYO (Lección 3)

Es bello y es político que una joven mujer, en su estación fecunda, no quede inactiva, no deje apagarse su facultad generadora; que no ponga ella en peligro, que no reduzca a la miseria una casa cargada con más niños de lo necesario: pero que genere la virtud en abundancia, dándose a hombre de la misma reputación, y que propague en los linajes que ella funda la ciudad misma, mezclándola con estas uniones (Plutarco, *Vida de Catón*, 25,5-6, Vd. Cenerini, 2002, 71)

Puesto que tienes tan gran deseo de ver que te damos biznietos, oirás con mayor tristeza que tu nieta ha sufrido un aborto. Al no saber, por su juventud, que estaba embarazada, dejó de hacer algunas de las cosas que deben ser observadas por las embarazadas, e hizo otras que no deben hacerse. (...) Te animo, te aconsejo, de doy fuerzas con las mismas palabras que a mí mismo, pues tu deseo de tener biznietos no puede ser más fuerte que el mío de tener hijos, a los que les voy a dejar, en mi opinión, un camino abierto hacia los honores tanto por tu lado como por el mío, un nombre bien conocido y unos antepasados no improvisados. Que nazcan ya y cambien este dolor nuestro en alegría. Adiós. (Plinio, *Cartas*, VIII, 10; Traducción de J.González, Madrid, Gredos, 2005)

Algunos se sirven de amuletos, imaginando que juegan un gran papel en materia de antipatía; citemos entre ellos la matriz de mula o el cerumen de este mismo animal, y otras cosas todavía, que se revelan decepcionantes en cuanto a sus efectos (Sorano, *Ginecología*, 1,20, 95-99; Traducción de J. M. Blázquez, Los anticonceptivos en la Antigüedad clásica, 2000, p.136)

Y como había una gran escasez de hombres a causa de la cantidad de muertos, según constaba por los censos (...), y por su propia observación, estableció premios (se refiere a César) para la abundancia de hijos (Dión Casio, 43,25,2; Traducción de Candau-Puertas, Madrid, Gredos, 2004)

Con nuevas leyes, propuestas por mi iniciativa, he restaurado muchas de las costumbres de los antepasados que estaban desapareciendo de nuestros tiempos; y de muchas obras yo mismo he ofrecido a la posteridad ejemplos a imitar. (*Res Gestae*, 8)

A continuación se pasó a enmendar la ley Papia Popea, que había promulgado Augusto, ya de viejo y después de las leyes Julias, con el fin de agravar las penalizaciones a los célibes y enriquecer el erario. Pero no por eso aumentaron los matrimonios ni los nacimientos y lo más corriente era no tener hijos. Por otra parte, aumentaba el número de los que corrían peligro, al quedar todas las casas trastocadas por las intervenciones de los delatores, y las dificultades emanaban ahora de las leyes como antes de los vicios (Tácito, *Ann.*3,25,1; Traducción de López de Juan, Madrid, Alianza, 1993)

La contravención del modelo:

Epia, casada con un senador, siguió a una compañía de gladiadores hasta Faros y el Nilo y las mal reputadas murallas de Lago, así que hasta Canopo condenó escandalizada las monstruosas costumbres de Roma (...) ¿qué vio para rebajarse a que la llamaran “la gladiadora”? (...) era gladiador. Esto los convierte en Jacintos; esto fue lo que ella prefirió a sus hijos y su patria, a su hermana y a su marido. Es del hierro de lo que se enamoran (Juvenal, *Sátiras*, VI, 82-113; Traducción de R. Cortés Tovar, Cátedra, Madrid, 2007)

Pagarás, romano, sin merecerlo, los delitos de tus antepasados, como no restaures los templos y santuarios que se desmoronan (...)

Nuestro siglo, fecundo en maldades, corrompió primero el tálamo nupcial, afrentando las casas y los linajes; de esta fuente deriva la pestilencia que destruye al pueblo y a la patria. La virgen adulta se entrega sin freno a las danzas de Jonia, se instruye en las artes de la seducción y desde tierna edad con amores incestuosos. Ya casada, solicita a os adúlteros más jóvenes en los banquetes de su esposo y no se detiene a elegir el amante a quien prodigue en las sobras sus ilícitos favores, sino que en presencia del marido, tolerante con sus desórdenes, acude a la voz del fautor de tercerías o del mercader de la nave hispánica que paga a precio muy alto su deshonor. No fueron éstos padres los que engendraron la juventud que tiñó los mares con la sangre cartaginesa (...), sino la prole varonil de rústicos soldados, diestra en remover la tierra con los azadones sabelios, que, obediente a la voz de sus severas madres, cargaba con los troncos de leña, cortados en la selva, cuando el sol prolongaba las sombras de los montes (...). Un siglo pestilente, ¿qué no corrompe? La edad de nuestros padres, peor que la de nuestros abuelos, nos dio el ser a nosotros, aún más perversos, que a la vez engendremos una progenie más corrompida (...)” (Horacio, *Odas*, 3,6; Traducción de A.Castresana, 1993, p. 82)

“Vuélvete a mirar a los rivales de los dioses, escucha lo que Claudio soportó. Cuando su esposa creía que su marido dormía, la augusta meretriz se atrevía a ponerse una capa de noche con capucha y a preferir una estera al lecho del Palatino y lo abandonaba saliendo con la compañía de una sola esclava. Y con una peluca rubia que ocultaba sus negros cabellos fue a meterse en un lupanar caldeado con una vieja cortina pieceada y en un cuarto vacío y suyo; a continuación bajo el nombre falso de Licisca, se ofreció desnuda con polvo dorado en los pezones y enseñó el vientre que te llevó, noble Británico. Recibió cariñosa a los que entraban y les pidió la paga. (...) Luego, cuando el rufián despidió a sus muchachas, se marchó triste y, de todas maneras, hizo lo que pudo por ser la última en cerrar su cuarto, ardiente aún con la vulva excitada y tensa, se retiró cansada pero aún no saciada de hombres, e, indecente y fea, con las mejillas sucias por el humo del candil, llevó el olor del lupanar al divino lecho (...)” (Juvenal, *Sátiras* 6, 115 ss; Traducción de R. Cortés Tovar, Cátedra, 2007)

“Ni trasnochan menos, ni beben menos, y rivalizan con los hombres en la lucha y en el vino; devuelven por la boca lo que ingirieron contra la voluntad de las entrañas y vomitan todo el vino que bebieron; como ellos toman nieve para consolar el ardoroso estómago. En libido no ceden a los varones, aunque nacidas para un papel pasivo. ¿Ojalá las pierdan los dioses y las diosas! Han inventado un género de impudor tan

perverso que hacen la parte del varón. Pues ¿cómo ha de extrañar que el mejor y más perito de los médicos sea cogido en mentira ya que hay tantas mujeres congota y clavos! Perdieron la ventaja de su sexo con los viejos y, puesto que se despojaron de la feminidad, fueron condenadas a las enfermedades de los hombres” (Séneca, *Epístolas*, 95,21; Traducción de A.Castresana, 1993, p.23 s.)

En cuanto a la actuación de Publio Menio, ¡cuán severo guardián fue de su honra! Legó a castigar a aun liberto, por el que sentía verdadero aprecio, porque se había enterado de que le había dado un beso a su hija, que estaba ya en edad casadera, a pesar de que era consciente de que el liberto había actuó más por descuido que por deseo.

Lo que pretendía con la dureza del castigo era que la conciencia aún tierna de la joven se formara en la disciplina y en la castidad. Con este rigor le enseñó, pues, no sólo a conservar su honra, sino también a guardar sus labios puros para su marido (Valerio Máximo, *Hechos y Dichos Memorables*, 6.1.4; Traducción de S.López, M. L. Harto y J. Villalba, Madrid, Gredos, 2003)

Clodia, ¿libre o libertina?

En cambio, Lesbia sí es hermosa:

no ya porque esté espléndida en conjunto,
sino porque ella sola les quitó
a todas las demás, todas las gracias

(Catulo, *Poesías*, 86, 5-6; Traducción de J.A.González, Madrid, 2006)

Casi igual a los dioses me parece,
o superior aún, si ello es posible,
quien frente a ti sentado te ve y oye
reír alegre.

Miserable yo, Lesbia, que, apocado,
pierdo el sentido sólo con mirarte
y se queda la voz en mi garganta
estrangulada.

Se me traba la lengua, un fuego corre
por mis venas, me zumban los oídos,
y un doble manto sobre mis dos ojos
tiende la noche.

(Catulo, *Poesías*, 51,1-12; Traducción de J.M.Alonso, Guadalajara, 2004)

Vivamos para amarnos, Lesbia mía,
y de los viejos las murmuraciones
estimemos en menos de un sestercio.
El sol se oculta y torna; mas nosotros,
si una vez sola nuestra luz se apaga,
dormimos para siempre noche eterna.
Dame mil besos, dame después ciento,
mil todavía y otros ciento luego,
y otros mil, y otros ciento, y así siempre,
hasta que sumen ya tantos millares
que la cuenta, perdidos, no sepamos

ni nos haga mal de ojo un envidioso
al llegar a saber cuántos han sido
(Catulo, *Poesías*, 5; Traducción de J.M.Alonso, Guadalajara, 2004)

Mi Lesbia, Celio, aquella Lesbia mía,
aquella Lesbia a la que amó Catulo
(únicamente a ella)
más que a sí mismo y que a los suyos todos,
ahora por las esquinas y callejas
se la pela a los nietos del gran Remo
Catulo, *Poesías*, 58; Traducción de J.A.González, Madrid, 2006)

Que le vaya bien con sus concubinos,
los trescientos que ella a la vez abraza,
reventando ijares constantemente,
mas sin quererlos.
Y que ya no aguarde mi amor de antaño,
pues como una flor por su culpa ha muerto,
alcanzada al paso, al final del prado,
por el arado. (Catulo, *Poesías*, 11, 17-24; Traducción de J.A.González, Madrid, 2006)

Sola en ti, Lesbia, vemos ha perdido
El adulterio la vergüenza al Cielo,
Pues licenciosa, libre y tan sin velo
ofendes la paciencia del sufrido.

Por Dios, por ti, por mí, por tu marido,
no sirvas a su ausencia de libelo;
cierra la puerta, vive con recelo,
que el pecado se precia de escondido.

No digo yo que dejes tus amigos,
mas digo que no es bien esté notados
de los pocos que son tus enemigos.

Mira que tus vecinos, afrentados,
dicen que te deleitan los testigos
de tus pecados más que tus pecados (F. Quevedo)

¿Por qué te han movido más los vicios de tu hermano que las virtudes de tu padre y de tus abuelos, practicadas siempre en nuestra familia, tanto por los hombres como por las mujeres? (Cicerón, *En defensa de Celio*, 34; Traducción de J.Aspa, Madrid, Gredos, 2008)

(...) en una casa como ésta en la cual la dueña vive a guisa de prostituta, en la que nada se hace que deba salir al exterior, en la que reinan la vida licenciosa, las malas pasiones, la disipación y, en fin, todos los vicios inimaginables (Cicerón, *En defensa de Celio*, 57; Traducción de J.Aspa, Madrid, Gredos, 2008)

Pero si hay alguno que piense que también está prohibido a la juventud el solazarse con los amores meretricios es demasiado severo –no puedo negarlo- y se aparta no sólo de la licencia de estos tiempos, sino también de las costumbres y francachelas de nuestros mayores. ¿Cuándo dejaron de frecuentarse las casas de estas mujeres? ¿Cuándo fue censurado? ¿Cuándo se prohibió? (...) Si alguna mujer no casada tuviera siempre su puerta abierta para la satisfacción del gusto de todo el mundo, y se estableciera públicamente en vida de meretriz, y la tal no se priva de asistir a los convites de los hombres más extraños y esto lo hace en la ciudad, en los huertos, en aquel inmenso torbellino de confusión humana que es Bayas, y si, por fin, ella se comporta no sólo en sus movimientos, sino también en el lujo de su aderezo personal, y en la gente de que siempre va rodeada, no sólo en el asaetear de sus ojos, ni el descaro de sus conversaciones, sino también en sus abrazos y en sus besos dados por doquier en las playas, en las embarcaciones, en los convites, de forma que parece no sólo una prostituta, sino una desvergonzada y provocativa prostituta; si con una pécora tal está eventualmente un joven, a éste, Lucio Herennio, ¿lo tendrás por adúltero o por galán? ¿te parecerá que pretende violentar su pureza o desfogar el ardor de su propia pasión? (Cicerón, *En defensa de Celio*, 48-49; Traducción de Guillén, *Urbs Roma*, T. II, 2004, p. 307)

Ella odiaba a Clodio a causa de su hermana Clodia, porque pensaba que ésta quería casarse con Cicerón y trataba de conseguirlo por medio de un tal Tulo de Tarento, que era compañero y uno de los amigos más íntimos de Cicerón y, como visitaba continuamente a Clodia, que vivía cerca y la colmaba de atenciones, despertó las sospechas de Terencia. Ésta, que tenía un carácter difícil y dominaba a Cicerón, lo incitó a adherirse a los ataques a Clodio y a testificar contra él (Plutarco, *Vidas Paralelas, Vida de Cicerón*, 29; Traducción de C.Alcalde y M.González, Madrid, Gredos, 2010)

Discurso del filósofo Favorino con el que persuadió a una noble mujer para que alimentase con su propia leche a los hijos que había parido, sin recurrir a la de las nodrizas.

Estando yo presente, vinieron un día a anunciar al filósofo Favorino que la esposa de uno de sus asiduos y seguidores había dado a luz poco antes un niño que acrecentaba su familia. “Vayamos”, dijo, “a ver a la recién parida y a felicitar al padre”. Se trataba de un hombre del orden senatorial y de noble familia. Acompañamos a Favorino los que con él estábamos en ese momento, le seguimos hasta la casa adonde se dirigía y entramos en ella con él. Entonces, sin pasar casi de la entrada de la casa, se sentó Favorino junto a su amigo, tras abrazarlo y felicitarlo. Y cuando preguntó cuánto tiempo había durado el parto y si había sido muy laborioso, al enterarse de que la joven, agotada por el esfuerzo y la noche en vela, se había quedado dormida, comenzó a hablar de forma más prolija: “Imagino”, comienza a decir, “que alimentará a su hijo con su propia leche”. Mas, al contestarle la madre de la joven que debían ahorrarle esfuerzos y poner al niño una nodriza para que no se sumaran a los dolores que había soportado al parir las obligaciones pesadas y difíciles de la crianza, Favorino le replicó: “ Te ruego, mujer, que permitas que esa joven sea una madre total y completa de su propio hijo. Pues, ¿qué género de madre incompleta y dividida contra natura es éste, que da a luz a su hijo y lo aparta de sí? No entiendo por qué, si lo ha alimentado en su útero con su propia sangre cuando no lo veía, ahora que lo puede ver ya como ser vivo y persona, no lo alimenta con su propia leche, reclamando así su papel de madre. ¿Acaso tú también”,

siguió diciendo, “consideras que la naturaleza dotó a las mujeres de mamas con si fueran dos hermosas protuberancias no tanto para alimentar a los hijos, sino para adornar el pecho? Asimismo, y creo que lo que voy a decir no es vuestro caso, hay muchas mujeres hermosas que se esfuerzan por hacer secar y extinguir esta fuente santísima del cuerpo, nutricia del género humano, corriendo incluso grave peligro de su salud al desviar y corromper la leche. Temen que los atributos de su belleza pierdan el atractivo, y cometen la misma insensatez que aquellas que mediante ciertos remedios fraudulentos expulsan y abortan el feto concebido en su propio cuerpo, para que no se arrugue la tersura de su vientre, se resienta por el peso de la carga, o se fatigue con los esfuerzos del parto. Pues, si es justo que sea objeto de público rechazo y general odio que un ser humano, mientras se conforma, cobra vida y se encuentra ya entre las manos mismas de la naturaleza creadora, sea asesinado mediante el aborto, ¿en qué se diferencia que cuando está ya conformado, nacido y es, en definitiva, nuestro hijo, se le prive del alimento de la sangre que le es propia, familiar y conocida? (Aulo Gelio, *Noches Áticas*, 12,1; Traducción de F. García Jurado, Alianza, Madrid, 2007, p. 172)

Creo que en el reinado de Saturno la Castidad residió en la tierra y que se dejó ver por aquí durante mucho tiempo, cuando las frías cavernas proporcionaban humilde morada, fuego y lar; y bajo una sombra común acogían el ganado y a sus dueños, cuando la esposa montaraz tendía una tosca yacija con ramas y bálago y con las pieles de las fieras vecinas; no se parecía a ti, Cintia, ni a ti, a quien enturbió los brillantes ojos la muerte del pajarito, sino que daba a beber sus pechos a los niños ya grandes e iba a a menudo más desgredada que su marido, que eructaba a bellotas (Juvenal, *Sátiras*, VI, 1 ss; Traducción R., Cortés, Cátedra, Madrid, 2007)

Viendo salir a un hombre de buena familia de un lupanar: ‘Bravo, ánimo!’ le dijo la divina sabiduría de Catón; ‘pues cuando el deseo furioso hincha las venas, es aquí donde deben venir los jóvenes, y no sobar las mujeres de otros’ (Horacio, *Sátiras*, I,1,2,31; Traducción de J.Guillén, II, 2004, p. 307)

- Hostelera, hágame la cuenta
- Un sextario de vino (1/2 l.). Por el pan, un as; por el pulmentarium, dos ases.
- Conforme
- Por la moza, ocho ases
- De acuerdo también
- Heno para la mula, dos ases
- Bien (Traducción de J.Guillén, II, 2004, p. 311)

Desde el momento en que un enamorado es atravesado por las flechas de los besos su fortuna queda de inmediato distribuida y se le escapa: dame esto, por favor, amor mío si me amas. Pues claro, niña de mis ojos. Tómallo, y, si quieres más, dímelo. Entonces la prostituta le pide más. Nada le basta. Tiene que pagar la bebida, la comida y todos los gastos de la casa. ¿Le concede una noche? Entonces se presenta con oda su plantilla doméstica: doncella, masajista, guardián de joyas, portadoras de cofres, mensajeros, saqueadores del aparador y la despensa. Al obsequiar a todos y a cada uno ¡nuestro enamorado se arruina! (Plauto, *Trinummus*, 225 ss; Traducción de M.C. Santapau y C. Herreros, 2007, 61)

